

Evelio Rosero

# PLEGARIA POR UN PAPA ENVENENADO

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES



## Índice

Portada

Plegaria por una Papa envenenado

Dedicatoria

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Nota del Autor

Créditos

# Plegaria por una Papa envenenado

*para Sonia María Elizabeth y  
Fernando Linero Montes*

## I

—Adónde vas, Albino Luciani, te hablan las piedras. Adónde vas, padre Luciani, ¿no nos escuchas? No te hablan las piedras, te hablan las prostitutas de Venecia, tus desconocidas.

—¿Desconocidas? Una vez tus ojos voltearon a mirarme, en esa esquina de Feltre, mi aldea: desaparecías de la mano de tu madre —camino del Seminario, a tus once años. Yo también te miré, empinada detrás de mi ventana, desnuda: tres años mayor que tú —y ya metida en estos dulces pero amargos menesteres, tú un niño, padre Luciani, y qué sonrisa, la sonrisa milagrosa que jamás te abandonaría. Ibas al Seminario, ese negro y húmedo edificio —proverbial nido de clientela: pensé que tarde o temprano te desnudarías conmigo, en Feltre o en la luna, como todos hicieron aquí en Venecia desde mucho antes de mi vejez inconclusa, pero jamás, padre Luciani, te desnudaste conmigo ni con ninguna.

—Eras el único y último sacerdote en cuerpo y alma que quedaba sobre la tierra.

—Y ahora estás con nosotras, Albino Luciani: tus cincuenta y siete años a las puertas de la ciudad de agua, oh gran nuevo Patriarca de Venecia, Patriarca esplendente, recién investido este 15 de diciembre de 1969, ungido de Espíritu Santo, a nueve años de convertirte en Papa, y sin saberlo, padre Luciani, sin todavía saberlo —para no aterrarse!

El Patriarca de Venecia no permite que lo carguen como a santo de madera y lo trasladen delicados en volandas y lo icen a la negra góndola: él mismo camina sobre sus mismos pies: soy dueño de mis pies y mi cabeza, si Él lo permite, y se recuesta en el sillón acojinado, y contempla

las aguas de un azul oscuro, el líquido callejón que lo llevará flotando al Palacio del Patriarcado, al lado de la basílica de San Marcos.

Once años antes, recién nombrado obispo de la diócesis de Vittorio Véneto, no quiso habitar el lujoso apartamento que le ofrecieron sino que prefirió el vetusto castillo de San Martino —rezo y lamento de siglos, memoria de brujas mártires y de herejes que no lo eran.

Ahora, ya Patriarca de Venecia, tendrá que plegarse al Palacio del Patriarcado, pero rechazó el desfile de góndolas engalanadas que le tenían preparado a su llegada, no toleró las bandas de música ni las jóvenes danzantes ni las rosas flotando a su paso por la ciudad de agua. Así lo vieron los que todavía creen, los de la fe: a lomos de la negra góndola, vestía la negra sotana como el humilde cura de la más humilde parroquia, sin distintivo.

Así, sin ninguna pompa, hizo su arribo.

—Pero antes de subir a la góndola oscura, padre, has volteado a mirarme otra vez como hace años, como si me reconocieras, y veo tu sonrisa igual, como de niño.

—Tu sonrisa nos acaricia a todas, de pie contra los muros de la casi primavera, contemplándote divertidas este día de febrero. Ya es famosa tu humildad, padre Luciani, visitador de enfermas, de prisioneras, un hombre íntegro, échanos tu bendición, nosotras también te la echaremos, somos tus Magdalenas, sabemos que te inquietas por nuestra vida, por nuestra buena y digna hambre, pero nunca jamás por nuestros ombligos y nuestras rodillas.

—Los demás sacerdotes tampoco se inquietan por nuestras rodillas, padre.

—Ya ninguno nos visita, como antaño.

—En realidad los religiosos visitantes fueron siempre minorías.

—A sus grandes mayorías desde hace milenios les dio por enquistarse en una cofradía, padre. Una cofradía del gusto.

—Sabemos de su gusto péfido, que los distingue del mundo pero que a ellos los unifica como un estigma, *el santo y seña*. Se entienden desde hace milenios, no necesitan hablarse para reconocerse y defenderse y disfrutar su gusto hasta la muerte.

—El estigma de su gusto es como el fuego ondeante, avisa con su calor desde las pupilas.

—Es su taimado infierno.

—Por eso cuidamos de nuestros niños, padre. También las prostitutas tenemos hijos.

—Ni siquiera de nuestras niñas cuidamos tanto como de nuestros niños, que suelen ser para estos curas manjares de los más apetecidos.

—Ay curas universales!

—Pues tampoco pagan por los frutos recién nacidos que se chupan como vampiros —si por lo menos pagaran, padre! Ni con monedas ni con sus vidas.

—¿Por qué siendo nosotras tan tórridas, tan lúbricas, no recurren a nuestras caricias?

—Ay estos curas universales y su enfermedad de siglos! Tienen que estar enfermos, padre, y lo decimos con miedo y vergüenza, no se puede tapar el sol con un dedo, ¿o sí se puede?

—Nos será fácil guiarte a la basílica de San Marcos, si tú dejas, padre; podemos entrar contigo a la basílica cuando queramos, ya estamos dentro, somos las vírgenes y santas, las angelicales hembras de rubios cabellos, albos senos, sexos como pequeños bosques de mirra, somos las celestiales sibilas, las hechiceras aladas que alumbran en los antiguos lienzos, sus rosáceos rostros glorificados, pero nuestros cuerpos son más bellos —porque estamos vivas, padre, repletas de sangre por dentro, de sangre caliente, de leche, nuestras bocas son más rojas y preciosas porque llevan aliento, padre Luciani, podemos hablar contigo sin la muerte de por medio.



—No ores a solas, escúchanos!

—Vendrá a visitarte a Venecia el Papa Pablo VI!

—Te abrazará en público, te investirá con su estola, te señalará!

—Será en la plaza de San Marcos: veinte mil fieles!

—El rubor aparecerá en tu rostro, pobre padre Luciani, no sabes, no imaginas, no sueñas qué vendrá.

—Si quisieras escucharnos podrías eludir el destino: algunos hombres lo hicieron, tú no.

—Ah Patriarca de Venecia!

—Irás como peregrino a Portugal, a la clausura de Coimbra. Allí sor Lucía Dos Santos, la vidente de Fátima, tendrá una audiencia contigo.

—Nadie sabrá de qué hablarás con ella, pero sí se sabrá que sor Lucía te saludará como Santo Padre.

—La casi santa te advertirá de lo mismo, serás el primer Papa nacido en el siglo xx.

—Serás el primer Papa con dos nombres.

—Pero no el primer Papa envenenado, padre Luciani, no el primero.

—Morirás envenenado a los treinta y tres días de tu pontificado!

—Te lo advertirá sor Lucía a sus ochenta años, allá en su místico encierro, la vidente Lucía, vidente como nosotras, pero ah, hoy nosotras estamos más cerca de ti, somos de sangre, escúchanos, padre, te prevenimos con nuestra viva voz, escúchanos!

Albino Luciani, Patriarca de Venecia, reza solo en la basílica.

Una pregunta lo aleja de su oración —pero lo acerca a otra igual de respetuosa, una oración de invocación: ¿en dónde habita el cuerpo de San Marcos? Es un recién llegado, su primer recogimiento a solas como Patriarca en la basílica, ¿en dónde el cuerpo de San Marcos?, antes, cuando visitó Venecia, nunca se lo preguntó. Oro y mármol alrede-

dor, nichos profundos, mosaicos, las caras angustiadas de los doce apóstoles, allá la Virgen María, allá San Juan, ¿en dónde habita el cuerpo de San Marcos? Columnas infinitas, más oro, el mármol esplendece como hielo, más frío, ¿en dónde palpita tu corazón, San Marcos?, ¿en el atrio?, allí, detrás de las pilastras sirias, tres losas de mármol rojo indican el lugar en que Federico Barbarroja se reconcilió con el Papa Alejandro III; encima de tu cabeza mosaicos de oro y vidrio, en cada cúpula; la pala de oro llamea detrás del altar mayor, fulgen los esmaltes de su retablo; en la vasta penumbra distingues la sombra desbocada de los cuatro caballos de cobre dorado, los cuatro caballos que hicieron las industriosas manos de Lisipo cuatrocientos años antes de Cristo, los fulgurantes caballos piafando en la galería de la basílica, brotando verdosos de entre la niebla, traídos desde Constantinopla, un botín de guerra en la Cuarta Cruzada, un botín que repitió Napoleón muchos años después, un despojo recuperado gracias a Dios, avanza sobre él la sombra de cobre de los caballos, ¿en dónde habita el cuerpo de San Marcos?, la sombra equina tiembla y se agiganta en la luz enorme de los cirios, el oro crece alrededor, oscuro, espeso, fundiéndose en el frío, es la noche, todo en la basílica se recoge, en dónde estás, San Marcos, dónde estás.

Para orar Albino Luciani eligió cualquier lugar. Ya arrodillado pensó demasiado tarde que debió elegir el rincón venerado cerca del altar, ante el bloque de granito que se trajo desde Tiro hace más de muchos años —porque desde su cima habló Jesús a la muchedumbre: allí lo ve, vetusto y solo, árido bloque, más oro alrededor, cuánto mármol, cuánto frío, el Patriarca refriega sus manos ateridas, piensa en la pobreza, el hambre: él viene del hambre, de la pobreza, las bellas desnudas lo rodean, conmisericordándolo, somos las prostitutas de Venecia, somos las piedras, las piedras viejas y las piedras jóvenes, algunas casi enamoradas de ti,

pero él no las ve, sólo ve las vírgenes sonrosadas de ojos líquidos que lo miran: No atiendas al diablo, Patriarca Luciani, sigue rezando!

## II

Te odian todavía dos sacerdotes, padre Luciani. Fueron los primeros en odiarte —sin que jamás te hayan amado, como suele ocurrir.

El primero de ellos sube reptando las escaleras del castillo de San Martino, sube sinuoso y húmedo, el largo cuello pálido estirado, el vientre hundido a ras del mármol, sube en busca de Luciani, sube desde el infierno: el fastidio lo sobrecoge, se enciende su ojo torcido, frunce la nariz enrojecida, pliega el labio leporino, sube desde hace siglos, sube en busca del todavía obispo Albino Luciani —que atiende los asuntos de su diócesis en la sobria oficina: los vidrios de las ventanas se recubren de un vaho de hielo como invisibles cuchillos que anuncian la llegada del visitante.

Es el año de 1962, y todavía faltan a Luciani 7 años para convertirse en Patriarca de Venecia, y 16 para ser Papa, y exactamente 16 años y 33 días para que sor Vincenza lo encuentre muerto —un amanecer de septiembre de 1978, a los 66 años de edad.

Hoy, a pesar del caluroso agosto de 1962, el frío que corta se desprende del cuerpo del sacerdote que avanza, torturado, desde lo profundo, en busca de perdón.

—Padre —se oye remota su voz.

Se ha derrumbado como sombra enroscada en una esquina. Desde allí se oye su voz como dividida en dos acentos, blanco y negro, la voz reptante por las baldosas antiguas y sube por el pesado escritorio negro, hace un rodeo ante el crucifijo de madera, pasa por encima de la pluma estilográfica, se unta en su punta de tinta oscura por todo su cuerpo, y al fin suena, el mismo sacerdote se oye complacido, relamiéndose:

—He venido a confesar mi culpa, reverendísimo Luciani, dignísimo obispo del Véneto. Busco otra vez la Salvación que sólo tuve cuando niño.

Y, después de un silencio implorante, porque no hay respuesta:

—Un pecado más grande que el sol pesa en mis hombros.

Y, más tarde:

—Compadézcame!

Y, como el jugador de ajedrez que esgrime un definitivo movimiento sobre el tablero:

—Recuerde su eminencia cuando aceptó la posesión de esta diócesis: dijo en su homilía que el Señor toma a los pequeños del fango de la calle y los pone en alto: toma a la gente de los campos, de las redes del mar, del lago, y hace de ellos apóstoles. Usted dijo que ciertas cosas el Señor no quiere escribirlas ni en el bronce ni en el mármol sino en el polvo, de modo que si queda la escritura sin descompaginarse, sin dispersarse por el viento, todo es obra y mérito del Señor, y que en ese polvo, en usted, eminencia, Dios había escrito la dignidad episcopal. Yo soy polvo también, padre Luciani, corrupto y despreciable, y sin embargo arrepentido. Soy polvo que ruega auxilio del polvo elegido por Nuestro Señor.

Y, después, porque el silencio permanece vivo:

—Mi fuerza no puede con un peso del cual yo mismo soy parte. Ah, es doloroso contar el dolor! Busco en la noche íntima la Llave de la Luz, y no me es posible orar, padre. Ya no puedo rezar.

Otro silencio enterrado.

—Pero es el Señor, en su Dulcísima Esperanza, quien esta mañana rozó mis párpados y me despertó, es el Señor quien me ha increpado: «Ve en busca del probo Luciani, cuéntaselo todo, y haz lo que él diga, cumple la penitencia que sólo él imponga. Sus palabras serán Mis Palabras, su voz será Mi Voz, sus órdenes serán las Mías, ve a él y obedece».

Otra vez el silencio. El frío congela la habitación, los vidrios de las ventanas son ya pequeños témpanos. Por fin se oye a Luciani:

—No creo que mi voz sea Su Voz, y mis palabras Sus Palabras.

Otro silencio.

Dice Luciani:

—De Dios sólo soy su humilde servidor, igual que usted, padre.

Y:

—Por eso mismo voy a escucharlo. Le ruego que se levante de ese rincón, ¿o acaso quiere que lo acompañe?

—Sí. Acompáñeme! —La voz festeja burlesca como un reto su inesperada proposición.

Pero Luciani va y se sienta a su lado en el negro piso, la espalda contra la fría pared. Los zapatos negros de Luciani, grises de tierra, resquebrajados, colindan con las dos pezuñas hendidas, la efigie de un sacerdote todo cubierto de pelos como espinas, los labios mojados en baba espesa, su aliento huele a agua pútrida, el rostro es granítico; en una de sus garras muestra una rana roja que palpita como la sangre y en la otra un cuervo blanco que aletea: la rana y el cuervo desaparecen y reaparecen convertidos en dos cirios negros, encendidos.

—Hemos pecado, padre —se oye la voz hendida, muy cerca de Luciani, a su oído—: Hemos robado. Hemos robado mi compañero y yo, otro sacerdote de mi parroquia.

»Y no voy a mencionar su nombre porque temo que su afligido corazón escuche y muera sólo de saber que acabo de confesar al recto Luciani nuestra culpa.

»Hemos robado, padre.

»Y... esto es lo más abyecto, lo sacrílego: hemos robado a los pobres.

»Hay en toda esta repugnante historia palabras que nosotros, sacerdotes de Dios, ni siquiera conocíamos: así de pura es nuestra inocencia! Se nos señala como aliados

de un vendedor comisionista que especula con propiedades inmobiliarias: qué triste, qué vergonzoso traer a este recinto palabras semejantes! Tentados por el vendedor, un hombre que pensábamos correcto, temeroso de Dios, ¿o una oveja sin mayor información?, ¿o la serpiente?, ¿un inocente?, ¿cómo podríamos saberlo?, en todo caso tentados por sus mundanas palabras, pero únicamente, y esto es sagrado, buscando la riqueza terrenal en bien de la parroquia, sus despojados, los lisiados, los sordos y los ciegos y también los descarriados, nuestros castos oídos lo oyeron, le creyeron nuestros cándidos corazones, y, desde el principio hasta el fin, seguimos sus pasos, sus deshonestas ¿o ingenuas? indicaciones.

»El resultado, padre Luciani, y qué oprobio oír de mis propios labios, aquí, esa palabra, esas cifras, una estafa, padre, de dos mil millones de liras que pertenecían en su mayor parte a modestos ahorradores de la comarca, nuestras indefensas ovejas expuestas al lobo de la ambición!

»Esa fue nuestra afrenta, el pecaminoso tropiezo que nos mancha. Sé que todavía no puede creerlo, padre. Ninguna sonrisa hay en su cara. Veo su mirada como la tormenta que se aproxima, presiento su justa condena. Pero confórtenos, padre Luciani! Sólo recuerde que somos polvo, y que nos equivocamos! Reconocemos nuestro pecado, buscamos perdón, lo imploramos dormidos y despiertos: nuestro remordimiento es peor que morir dos mil millones de veces y resucitar dos mil millones de veces otra vez en el infierno! Mi compañero y yo cometimos ese pecado que es todavía más grave y mortal para hombres de Dios como nosotros, que habitamos el hábito, que un día nos dignificamos con Su Luz, y que, en justicia, no deberíamos obtener la Gracia de Su Perdón, a no ser que...

Y completó, con fascinada esperanza:

—Nos perdone usted, en Su Nombre.